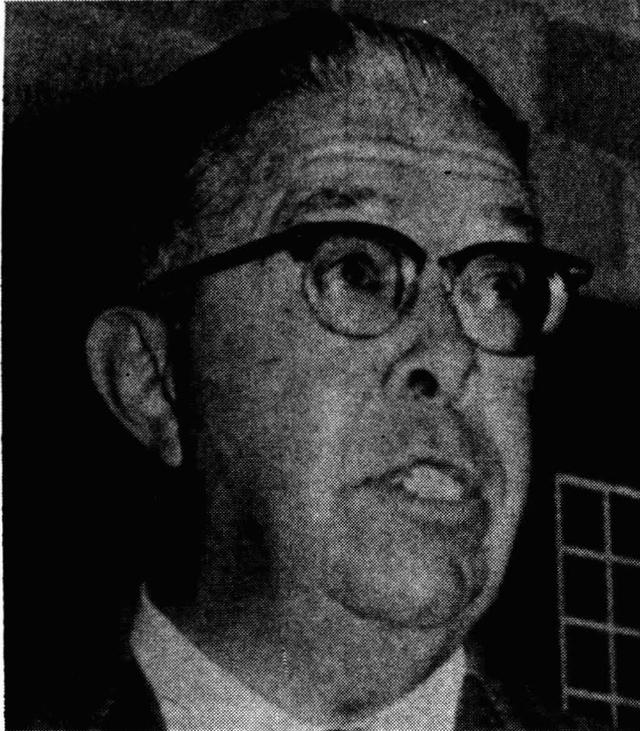

Carlos Fuentes

MARIO DE LA CUEVA

Yo venía con un retraso que era un adelanto, con un peso ligero que también era una ventaja: la niñez gitana siguiendo los pasos de mi padre por el servicio diplomático en épocas difíciles para nuestro país. Recuerdo a mi padre escribiendo cartas y artículos para la prensa de Quito, Río, Santiago o Lima, defendiendo esta acción del presidente Calles, esta otra del presidente Cárdenas, la decisión de nuestra cancillería en el conflicto de límites entre Perú y Ecuador, el llamado a los chilenos para que rompieran relaciones con el Eje.

México fue mi espejismo infantil; se convirtió en una realidad contradictoria, por encima y por debajo de mi imaginación, cuando regresé a vivir aquí en 1945. Mi padre era jarocho, liberal, agnóstico y juarista; mi madre, católica capitalina avasallada por la modernidad del tennis y el foxtrot. Yo nunca hacía ido más que a escuelas laicas. En México, mi madre se adelantó (mi padre intentaba reflejar la frialdad oficial mexicana hacia el régimen militar de Farrell en Buenos Aires; Perón era ministro de trabajo y poder detrás de trono; Evita hacía películas con Libertad Lamarque y Hugo del Carril) y me plantó con los maristas. Pecado, pecado, pecado. Hugo Margáin salvó mis horas conventuales. Fue mi primer maestro mexicano, lúcido, apasionado, dotado de las virtudes del humor y la buena educación. Creo que Margáin me dio la primera visión equilibrada del país extremista y extremo de mi imaginación.

Pronto perdí ese equilibrio entre dos fuerzas contrarias, la atracción frívola de la ciudad a la vez aldeana y metropolitana de fines de los cuarentas, la provincia que se sentía estrenando vida nocturna elegante, nuevos ricos y nobleza europea exiliada, y la escuela de derecho a la que entré en 1948, excéntrico, inseguro de las exigencias reales de la carrera detrás de los formalismos a mi parecer inútiles del aprendizaje de memoria, los apuntes mal redactados, la ausencia de imaginación en el estudio. En una palabra: quería ser escritor y me veía condenado a ser niño bien o abogado. Me fui a Suiza a trabajar y a es-



Mario de la Cueva

tudiar un año. Viví en una bohardilla de la Place du Bourg de Four en Ginebra por donde pasó Enrique Creel, enfadado de que la Europa Galante de Paul Morand no fuese una realidad asequible instantáneamente para el joven viajero mexicano; pero juntos pisamos por vez primera la Signoria y San Marco. París estaba cerca, Octavio Paz acababa de publicar *El laberinto*, Camus bailaba, reía y pensaba en los cabarets de St. Germain, Max Ernst volvía a Europa después de la lluvia. Ginebra era un claustro civil: pude leer a Thomas Mann y a Hugo Grocio con el mismo gusto. Pude pensar que aunque Stendhal definió a Suiza como la flor sin perfume, quizás no se equivocaba al proponer el Código Napoleón como el mejor mo-

delo para escribir novelas.

Regresé a México en 1951 con un nuevo equilibrio pero también con el temor de que la brutal sociedad de arribistas mexicanos, su sed insaciable de poder y dinero, su miedo arrinconado de ser llamada a cuentas, me arrebatare las razones de mi energía intelectual ginebrina, sin darme el contravalor de una universidad mexicana que reflejase y construyese valores más sólidos que los de la burguesía de postguerra en un país subdesarrollado.

Tuve suerte, y a muchos niveles. Mi retraso volvió a ser una ventaja: coincidí con, ingresé a, una generación brillante de estudiantes; esta generación, a su vez, encontró su tensión y su diálogo con algunos maestros que, quizás, antes, no hubiesen sido plenamente quienes fueron sin la presencia de su generación, la que les correspondía a ellos como maestros.

Hablo de Manuel Pedroso y su soberana inteligencia europea. Pedroso fue mi Gibraltar en la Facultad de Derecho; cuando las olas del derecho mercantil amenazaban con anegar mi pobre espíritu literario, Pedroso me dirigía a la lectura de Balzac y la tormenta se calmaba: toda la realidad, todo el drama del comercio eran supremamente inteligibles a través de la novela de Cesar Birotteau. Contra el atiborramiento ambiente, Pedroso ofrecía una selección severa: bastaba, decía,

leer tres libros en la clase de Teoría del Estado para entender el tema: *La Política* de Aristóteles, *El Príncipe* de Maquiavelo y *El Contrato Social* de Rousseau.

Pero Manuel Pedroso, su gracia andaluza, su ocasional severidad teutona, sus guiños tropicales, sus tardes de café, confianza y Kant y España dolorosa y perdida, no era sólo nuestro; era de su larga carrera en la educación y la diplomacia españolas, rector de la universidad de Sevilla, embajador en Moscú y Caracas, traductor de Dilthey y Marx; era de sus nostalgias indivisibles, era de todos los secretos que nosotros no podíamos entender en el alma de la Europa devastada por el fascismo. Pedroso le perteneció a muchas generaciones en la Escuela de Derecho; pero fue de algo más que no estaba allí, que quizás había muerto con la aparición de los nazis en el seno de la civilización alemana, y que Pedroso —éste era su semblante trágico, su asociación discreta con el dolor— mantenía vivo con la memoria y la enseñanza, como si entendiese que la muerte no nos priva de un futuro, sino de un pasado. Este era el sentido heroico de sus clases, de su conversación, de su biblioteca: proclamar la vida de estas ideas, de estos libros, a pesar de Franco, a pesar de Hitler. No sé si fuimos dignos de Pedroso; nos rebasaba, nos precedía demasiado, nos anunciaba demasiado. ¿Cómo íbamos a ser universales a los veintiún años? Pero, ¿cómo íbamos a pensar en términos que no fuesen universales (aunque fracasemos en nuestro intento) después de frecuentar a don Manuel?

José Campillo, en cambio, estaba demasiado cerca de nosotros; sería, entonces, un hombre de poco más de treinta años y era difícil otorgarle la severidad magisterial que él mismo, con razón, exigía en esa cueva de vaciladores, léperos, inconscientes y tarugos que a veces era su clase de Derecho del Trabajo. La selección ya no era la máxima virtud de la Universidad; un populismo mal entendido abría con demasiada comodidad sus puertas a muchos jóvenes que terminarían como lumpemproletariado profesional. Las exigencias de admisión, asistencia, redacción, investigación y exámenes son igualmente altas en Moscú, Pekín y Harvard: una educación diversificada y racional no priva a nadie de oportunidades; al contrario, las multiplica a niveles proporcionales con las exigencias reales del desarrollo de una nación. Pero México, decía Alfonso Reyes, es un país muy formalista, y el título profesional es el asa con la que los demás levantan la copa de nuestra identidad: “Señor Licenciado”.

Pepe Campillo asustaba a los tigres que malamente podían leer el periódico deportivo *Esto* pero reservaba su extraordinaria gentileza personal para las horas fuera de clase en las que su casa se abría para los alumnos interesados de veras en el derecho como parte del saber humano. Pepe Campillo era amigo muy cercano del trágico, vibrante y socrático Jorge Portilla, el más brillante filósofo mexicano de su generación, un católico apadrinado por Nietzsche y Dostoyevsky. Con él, con Campillo, con Raúl Medina Mora, algunos miembros de mi generación descubrimos la realidad de la cultura cristiana en México. A menudo reducida a bandera de vituperio encarnizado, de mera oposición ideológica, de justa limitación por la sociedad civil, la civilización católica aparecía en las discusiones del grupo de Campillo como una construcción racional estremecida por una sospecha trágica. Sentí entonces que, acaso, sólo el catolicismo nos ofrece a los latinoamericanos la posibilidad de ese conflicto entre valores igualmente justos que es la esencia de lo trágico. ¿Cómo trascender el maniqueísmo clerical, bien contra mal, para llegar al cristianismo trágico, bien contra bien? Tal era la modernidad magisterial de Pepe Campillo; era casi un chamaco como nosotros por esto y porque be-

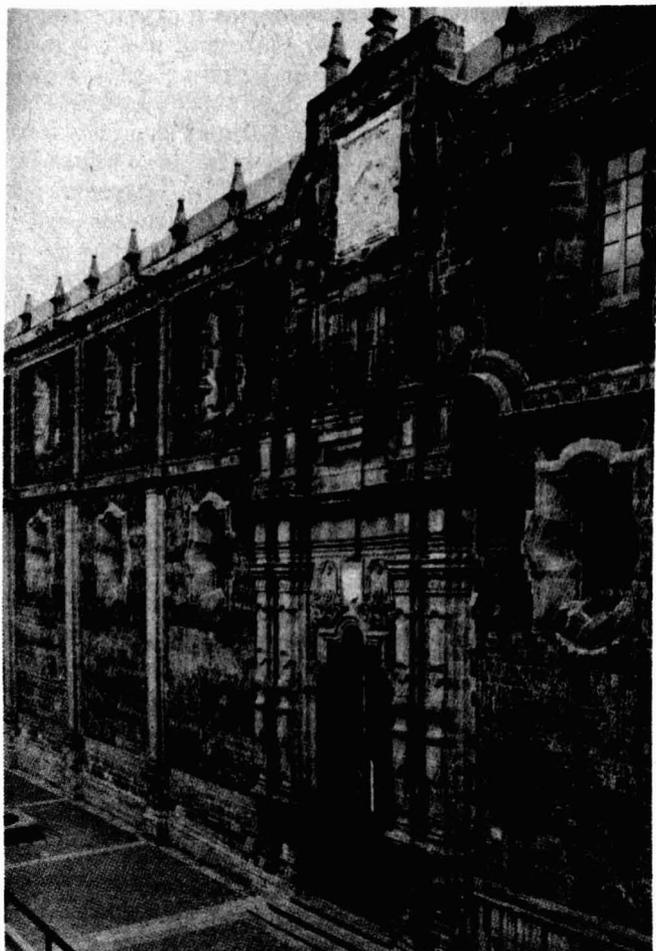
bía, reía, leía lo mismo que nosotros, nos entendía.

Mario de la Cueva se encontró en el justo medio, en la distancia necesaria que nuestra generación necesitó para ser eso, una generación, es decir, un grupo de unidades diversas y de diversidades únicas. Había un elemento profundamente conmovedor en el maestro de la Cueva: su soledad, traducida de inmediato a una suerte de desamparo que era una espera. Todos, intuitivamente, lo llamábamos “el Maestro de la Cueva”, porque adivinábamos que nos estaba esperando, que dependía de nosotros, de todos nosotros, como generación, como grupo. Su elegancia y discreción eran muy grandes; nunca nos hizo sentir que, también, nosotros dependíamos de él. Y sin embargo, ésta era y es la verdad. Creo que nadie me desmentirá cuando digo que Mario de la Cueva fue un maestro que nos hizo sentir que su misión como educador dependía de nosotros. Lo repetía siempre en relación con una generación pasada de la joven cultura mexicana: la que se reunió alrededor de Mario de la Cueva en la revista “Tierra Nueva”: José Luis Martínez, Alí Chumacero, Jorge González Durán, Leopoldo Zea... De la Cueva hablaba de esa revista, de esos escritores, como de un fuego que lo había iluminado a él. Valdría añadir: ellos lo acompañaron, ellos lo esperaron a él.

Nosotros, escritores, oradores, juristas, políticos, periodistas en ciernes, teníamos cierta envidia de esa famosa generación de “Tierra Nueva”. Martínez era el crítico literario por excelencia en el México de los cincuentas; Chumacero, un poeta secreto y esbelto, formalmente perfecto y sustancialmente turbulento; González Durán, el poeta de una insatisfacción tormentosa, otra vez (signo mexicano) dominada por un deseo de clasicismo; Zea, el historiador de la filosofía, el ordenador de nuestra casa mental y sus rémoras positivistas. ¿Íbamos a ser tan “chingones” como ellos? ¿Más? ¿Menos? ¿Íbamos a ganarle a la generación favorita del Maestro de la Cueva? ¿Íbamos a estar a la altura del Maestro, de sus exigencias, de su soledad, de su espera?

No era, por lo demás, un hombre de aspecto simpático. “Chato” le decían y chato era, chato como una tortilla, chato cara de manazo, con un aspecto a menudo feroz, canino, subrayado por su mimetismo prusiano, sus gestos a menudo cortantes, sus frases severas. Alemania era su modelo cultural, su momento de formación pero también, lo adivinábamos, su instante de ternura, de debilidad, de frágil reconocimiento. En la filosofía alemana encontraba De la Cueva su asidero intelectual; conocía admirablemente la lengua y la literatura germánicas; tenía algo de clásico profesor de gimnasio o del docente que asociamos, en las novelas de principios de siglo, con las facultades de Leipzig o Heidelberg. Colorado de tez, perdiendo el tono rubio de una cabellera tiesa, de oficial a las órdenes de Von Moltke, amante de la cerveza y la choucrout, a veces cercano a esa manifestación del espíritu germano que se llama el *gemütlich*. De La Cueva era también un mexicano clásico, de esos que nunca aparecen en las caricaturas norteamericanas o en las operetas francesas, un mexicano tan clásico por ajeno al *clisé* del bigotudo empistolado como, digamos, Juan Goytisolo y Jorge Semprún lo son del español de pandereta, o Michelangelo Antonioni e Italo Calvino del napolitano de feria.

A medida que su amistad se afirmaba, el perfil castizo de Mario de la Cueva se iba revelando como un conflicto entre las dos tendencias de nuestros orígenes políticos independientes. Desde 1810, todo mexicano es un poco conservador, es decir defensor de los privilegios y de la tradición, guardián celoso de la integridad nacional contra la fuerza modernizante e imperial de los Estados Unidos, y por ello cercano a la cultura política y estética de Europa como contrapeso de la vecindad nor-



Colegio de San Ildefonso

teamericana; y es también un poco liberal, es decir, enemigo de los privilegios, modernizante, aliado natural de la democracia igualitaria, anti-aristocrática y populachera de los Estados Unidos. Las trasposiciones de algunas de estos términos explican buena parte de nuestra historia política e intelectual.

Creo que por primera vez, como discípulo y amigo de Mario de la Cueva en la escuela de San Ildefonso en los años cincuenta, pude hacerme una idea viva de este conflicto. Pues del conservador mexicano clásico, De la Cueva lo tenía todo, menos el apego a un orden de privilegios; y del clásico liberal, todo menos la confianza excesiva, o la ausencia de caución, respecto a la manera de tratar con los norteamericanos. Más bien dicho: era un hombre en el que la tradición cultural no quería reñir con los riesgos de la modernidad; era un conservador que exigía como primera condición de la estabilidad la verdadera justicia, por revolucionaria que fuese; era un liberal que se negaba a entronizar al provenir como dios de una sociedad que, sin pasado, carecería de futuro. Era un nacionalista cuyas exigencias de justicia comenzaban adentro de nuestra casa, porque en la justicia interna estaba el primer baluarte contra la injusticia externa.

En efecto, para Mario de la Cueva los valores de la civilización —la tolerancia, la imaginación, la convivencia, la creación, el amor— no eran posibles sin una base en la justicia. No creía De la Cueva en Utopías de justicia instantánea; tampoco se dejaba engañar por Utopías de justicia infinitamente pospuesta en el provenir a cambio del imperio, en nombre de la justicia, de la Razón de Estado. Más modesta, pero más exigente, su idea de la justicia como base de la civilización sólo era posible en una actualización diaria —en el trato con los seme-

jantes; en la demanda hoy, no mañana, del trato debido para este niño hambriento, para este joven iletrado, para esta mujer ofendida, para este hombre despojado— que convertía a la justicia, aliada con la cultura, en la definición de la libertad. No, De la Cueva no imaginaba nada en términos de filantropía pasajera. Su justicia se formalizaba en leyes, instituciones y práctica del derecho. Pero ese derecho auténtico no podía ser ni una evocación nostálgica ni una promesa engañosa. La libertad, la justicia y la cultura tienen lugar hoy o no tienen lugar nunca. Tal es la condición para que tenga lugar, realmente, mañana.

No daba Mario de la Cueva esta lección en abstracto. Para mí, su imagen moral e intelectual se prolonga y actualiza en algo muy importante en un país como México: De la Cueva no era un hombre interesado en el dinero. Toda su vida tuvo lo necesario para vivir, leer, escribir, viajar, enseñar. Pero nunca vivió para ganar dinero. Vivíamos en los años cincuenta, en San Ildefonso, con él, en un México balzaciano, pero aun no babilónico en su desfiguración glotona por obra del lucro. Cuando quería elogiar a un joven, De la Cueva decía: “Le importa la cultura, no el poder o el dinero.” Yo lo digo ahora sobre él y en su honor. Para De la Cueva era más importante decir la verdad que callar por conveniencia; era más importante leer a Schopenhauer que leer una cuenta de banco; era más importante poseer la emoción de un cuarteto de Schubert que poseer un castillo rococó en el Pedregal; era más importante la riqueza de la intimidad que la de la apariencia; el poder estaba en lo que uno mismo decía, escribía o pensaba, no en lo que se decía, escribía o pensaba sobre uno; el poder no consistía en disciplinar a los demás, sino disciplinarse a uno mismo; no existía poder sobre la nada: la política era trato entre iguales, no humillación del débil por el fuerte.

Sobre este temperamento, con estas ideas, nos dió Mario de la Cueva, a muchos de nosotros, nuestras primeras armas intelectuales. Decidió celebrar con honor y juventud el IV Centenario de la Facultad de Derecho que entonces dirigía. En el concurso de ensayos que organizó, muchos de nosotros pudimos decir y publicar por primera vez lo que pensábamos de nuestro país y del mundo. Nos dió una revista, *Medio Siglo*, que nombró, situó y proyectó a nuestra generación. Nuestra generación: Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo, Salvador Bermúdez, Sergio Pitó, Xavier Wimer, Enrique González Pedrero, Genaro Vázquez, Arturo González Cosío, Salvador Elizondo, Marco Antonio Montes de Oca.

Mario de la Cueva, en su inteligencia que era, como escribió Gorostiza, “soledad en llamas”, no sólo concibió: creó. Lo cierto es que él nos creó a nosotros. Mostraba un orgullo enorme, una verdadera emoción, ante el destino de algunos de esos alumnos que se convirtieron en sus amigos de toda la vida. Ese orgullo nunca será comparable al que todos y cada uno de nosotros sentimos por el maestro que lo fue constante, dentro y fuera del aula, antes y después de los años de universidad. Quizás su orgullo en algunos de nosotros no sea justificado. Lo cierto es que nosotros podemos, para siempre, sentirnos orgullosos de Mario de la Cueva.

Yo salí de la escuela de San Ildefonso sabiendo mejor quién era y qué quería, gracias a Mario de la Cueva; gracias, también, a la generación de amigos nutrida por la soledad, la inteligencia, la disciplina y el fervor de justicia de Mario de la Cueva. Ahora que el gran maestro y jurista mexicano, el constitucionalista, el internacionalista, el director de la Facultad de Derecho de la UNAM, el autor del *Derecho Mexicano del Trabajo*, el delegado a Bogotá, el articulista disidente, ha muerto, digo lo que le debo y lo que aun me falta por pagarle.